

Citar: Apellidos, N. (2015) "Título", en: González García, E.; García Muñoz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coords.). *Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*. Toledo: ACMS, pp.

ESTIGMA Y DISTINCIÓN TERRITORIAL, O CÓMO OPERA EL CAPITAL SIMBÓLICO A NIVEL DE BARRIO: EL EJEMPLO DEL CENTRO DE MADRID

Santiago Ruiz Chasco. *Universidad Complutense de Madrid*

Resumen

En esta comunicación vamos a desarrollar algunas ideas-clave lanzadas por Pierre Bourdieu (2012), y retomadas por David Harvey (2007) acerca de la relación entre el espacio físico, geográfico o material con el espacio social. De esta forma, trataremos de ampliar el concepto de *capital simbólico* para hacerlo operar al nivel de barrio, es decir, trascendiendo el nivel del sujeto individual. Para este reto, apostamos por una aproximación relacional a los procesos de producción de esa especie de capital que actúa, a su vez, como traducción legítima de las demás especies de capital. A través del modelo de análisis del urbanismo relacional, apostamos por la investigación de las diferencias espaciales y sociales a través de la introducción de la categoría de *dominación* material y simbólica, esto es, como resultado de un sistema de relaciones desiguales. De este modo, analizaremos algunos elementos de dos barrios del centro de Madrid: Lavapiés (barrio antiguo de clases trabajadoras) y Salamanca (barrio moderno de clases medias y altas). Propondremos una forma de aproximación a diferentes procesos discursivos y prácticos que forman la base sobre las que se asientan determinadas políticas territoriales.

A través de la formación y reproducción del *estigma territorial* toda una serie de procesos sociales *redoblan* las distancias espaciales. El barrio estigmatizado se caracteriza por la reunión en un mismo lugar de una población relativamente homogénea en lo referente a su posición dominada y desposeída, lo que provoca ese redoblamiento de la desposesión. Por su parte, el barrio distinguido opera toda una serie de procesos a través de los cuales las clases dominantes hacen de *su espacio* algo valorizado a través de donde poder *redoblar* su dominación. La producción de un *entre-sí* forzado en los barrios populares estigmatizados, y de un *entre-sí* selectivo en los barrios burgueses distinguidos, nos llevan a identificar todo un conjunto de herramientas que inciden diariamente en la reproducción de la dominación, siendo la dimensión espacial absolutamente fundamental para comprenderla. Los conflictos localizados tanto en los barrios estigmatizados (inseguridad ciudadana), como en los barrios distinguidos (amenaza de desclasamiento) nos ayudarán a entender cómo opera el capital simbólico colectivo, como traducción de los capitales económicos, culturales y sociales en los barrios de nuestras ciudades.

Palabras clave: *Madrid, Lavapiés, Salamanca, capital simbólico, seguridad.*

Introducción

En este trabajo nos interesa abordar una vía de acercamiento concreto a la relación existente entre el espacio físico o material, con el espacio social o la estructura de clases. Nos interesa indagar en la forma en que el espacio social, como conjunto de relaciones sociales de poder entre diferentes clases, se plasma sobre el espacio urbano, y cómo esta "plasmación espacial" tiene unos efectos concretos

sobre el propio espacio social, es decir, aproximarnos a la forma en que el espacio físico también devuelve a la sociedad una serie de hechos y discursos sociales que determinan en buena forma la propia reproducción de las desigualdades sociales. No se trata, por tanto, de describir toda la serie de procesos *dentro* de los espacios de análisis concretos, sino que intentaremos, más bien, relacionarlos con las diferentes posiciones sociales (y sus intereses) que existen en los mismos. De este modo podremos comprobar también como las posiciones espaciales adquieren un significado concreto dentro del sistema de relaciones urbanas o socio-espaciales que las definen.

Nuestra investigación consiste, como todas, en una apuesta. Una apuesta determinada por un acercamiento concreto a una realidad socialmente construida pero analíticamente objetivable mediante una serie de herramientas sociológicas de las que, en esta breve comunicación, tan sólo adelantaremos algunas pinceladas por cuestiones obvias de espacio y tiempo. Nuestros “objetos” de estudio son dos barrios del centro de Madrid⁵⁰: por un lado Lavapiés, un barrio del casco antiguo de la ciudad poblado históricamente por clases populares y trabajadores que sufre en la actualidad un proceso de *modernización*; por el otro, Salamanca, barrio producto del ensanche decimonónico, concretamente de la parte más beneficiada del mismo, espacio de concentración de clases más acomodadas de la ciudad. Apostamos pues, por un enfoque analítico relacional a partir del cual poder definir las diferentes posiciones sociales y espaciales como el resultado de todo un sistema de relaciones sociales desiguales. Siguiendo el axioma “durkheimiano” de que el método comparativo *es la sociología misma*, nuestra voluntad es mostrar la importancia crucial de tener en cuenta en los análisis sobre la desigualdad social, en cualquiera de sus dimensiones (micro o macro), las dos caras de la moneda, y no sólo una de ellas. Generalmente, y por una tradición académica histórica que adolece, entre otras muchas cosas, de un fuerte paternalismo y etnocentrismo de clase, es *la pobreza* el objeto privilegiado del análisis: los pobres, los excluidos, los marginales, los miserables, etc. En los estudios urbanos se ha mantenido esta rancia tradición, siendo numerosísimos los estudios sobre barrios pobres. Por el contrario, los estudios sociológicos sobre los barrios ricos son muy escasos. Este déficit de análisis de las partes, zonas, o clases más privilegiadas de la sociedad no hace sino entrar una cierta auto-referencialidad a los estudios sobre barrios degradados, marginales, vulnerables o pobres. Es imposible comprender el complejo sistema de dominación y reproducción de las desigualdades sociales si sólo tenemos en cuenta a la parte dominada, mientras ignoramos o des-problematizamos a la parte dominante. O en términos más prácticos: no se puede comprender (ni erradicar) la pobreza si no tenemos en cuenta, del mismo modo, la riqueza, sus condicionantes y sus mecanismos de producción. El objetivo de nuestro trabajo es señalar el carácter socio-histórico de los procesos urbanos y las luchas que los cimientan. Para ello, nuestro análisis se dirige al conjunto de las relaciones sociales que definen un sistema de posiciones desiguales entre diferentes grupos o agentes de un fenómeno urbano concreto: *el hecho y el discurso de la (in)seguridad ciudadana*. Nuestro presupuesto, conjetura o hipótesis central es que el espacio físico, los barrios de una ciudad en este caso, es objeto de conflictos entre diferentes grupos sociales que tratan de apropiarse de una serie de recursos limitados (materiales y simbólicos). Una lucha en la que los grupos o agentes sociales no parten en condiciones de igualdad, a consecuencia de la desigual distribución de recursos que define la propia estructura del espacio social.

⁵⁰ Entendiendo el Centro como toda la zona geográfica comprendida dentro de la M30, no cómo el Distrito Centro. Tanto el uso social cotidiano del concepto, como la propia dimensión de la ciudad, han llevado a identificar el centro de la misma con todo el perímetro conocido como la *Almendra central*, por su forma parecida a ese fruto.

Vivir en uno u otro barrio de la ciudad es una práctica que define socialmente a los grupos que allí habitan. Es decir, el hábitat contribuye a construir el *habitus*. Pero también sucede a la inversa, una serie de *habitus* dan una forma particular, dentro de sus posibilidades de acción, a un hábitat (Bourdieu, 2010). Es por esto que el mero hecho de mudarse a un barrio es una práctica que *enclasa* a los grupos dentro del sistema de diferencias del espacio social, lo que da lugar a un espacio físico socialmente estructurado relacionamente. Entre los diferentes barrios de la ciudad existe una relación tanto material como simbólica, es decir, sus diferencias no pueden únicamente establecerse en función de sus diferencial arquitectónico en materia de vivienda, o en la cantidad y calidad de equipamientos públicos y privados con los que cuenta, a pesar de que son elementos fundamentales de todo análisis urbano. A la desigual distribución de recursos materiales entre barrios de una ciudad es necesario complementarle un análisis de las luchas simbólicas que tienen lugar, tanto dentro de un mismo barrio, como entre diferentes barrios de una misma ciudad. Las desigualdades no sólo se mantienen a base de fuerza material, ya que, sin la necesaria ayuda de las construcciones simbólicas que las sostienen, éstas no tendrían la entidad y la perdurabilidad que vienen demostrando. Por estas razones, cuando hablamos cotidianamente sobre barrio peligrosos, degradados, vulnerables, sensibles, de riesgo, o con *mala fama*, ¿a qué, y sobre todo, a quiénes estamos haciendo referencia?, ¿cómo se construyen y mantienen socio-históricamente esas construcciones sociales? ¿Cómo opera el diferencial de capitales o poderes dentro de una ciudad? Para indagar sobre algunas de estas cuestiones vamos a usar el concepto introducido por Bourdieu (2012) y ampliado por Harvey (2007) de *capital simbólico colectivo*, con el que trataremos de dar cuenta de cómo funciona un proceso urbano que necesariamente tiene dos caras, como la propia desigualdad: *la estigmatización y la distinción territorial*.

Espacio social y espacio físico: desigualdades sociales y distancias espaciales.

En todo espacio físico confluyen siempre una serie de actores o grupos del espacio social que tratan de apropiarse de una serie de recursos, servicios o bienes (de carácter material y/o simbólico) que se encuentran en dicho territorio. Cada territorio, en este sentido, es un soporte material de una serie de intereses concretos vinculados a campos específicos, como pueden ser el consumo o la vivienda. En este sentido, en un mismo espacio físico urbano confluyen un conjunto de campos sociales diferentes, lo que obliga a levantar la mirada del espacio físico concreto para poder comprender y explicar los procesos que tienen cabida en él. Un barrio, por tanto, es un espacio físico donde se dan, al mismo tiempo, una serie de procesos relacionados con diferentes campos sociales. En la lucha por tratar de apropiarse de los recursos de ese espacio, los grupos sociales no cuentan con las mismas “armas”, es decir, con la misma cantidad ni estructura de capitales, ya que vivimos en sociedades jerarquizadas que reproducen dicha desigualdad en los diferentes campos. En un barrio se pueden identificar los diferentes recursos (posiciones) y prácticas (disposiciones) de los habitantes. Toda una serie capitales cuya génesis social hay que rastrearla en la propia red de relaciones de poder que forman el espacio social de las luchas entre las clases. Un espacio social que representa *un estado del sistema de propiedades que hacen de la clase un principio de explicación y de clasificación universal, que define el rango ocupado en todos los campos posibles* (Bourdieu, 2012:130).

Las distancias espaciales y las distancias sociales no funcionan con la misma lógica, pudiéndose dar situaciones en las que individuos, o familias, de diferentes posiciones sociales, residan próximas en el espacio físico o urbano. No obstante, como apuntaremos cuando hablemos del barrio de Salamanca, la segregación social urbana por clases como proyecto de sociedad plasmado en el espacio urbano ha constituido uno de los vectores históricos que llegan hasta nuestros días con mucha consistencia.

Precisamente, al hacer la genealogía de los barrios nacidos con los ensanches modernos en las grandes ciudades occidentales es como puede des-velarse el carácter y la trayectoria histórica de este fenómeno social urbano. Por tanto, aunque en un mismo barrio, es decir, en un espacio físico concreto, puedan convivir grupos con diferentes capitales, en el campo social, la cercanía de posiciones sí implica una correspondencia entre sus estructuras de capitales. Entre el conjunto de recursos de que disponen los grupos sociales ocupa un lugar importante el lugar de residencia. Así, mudarse a un barrio asociado socialmente con una imagen concreta, lleva a que el propio espacio físico marque de alguna forma a quienes allí habitan. De este modo, vivir en uno u otro barrio permite a los grupos tener más o menos posibilidades de apropiarse una serie de recursos limitados en un espacio que, como la propia sociedad, está jerarquizado. Residir en una u otra zona de la ciudad lleva consigo aparejado toda una serie de efectos simbólicos muy potentes que hacen del propio asentamiento residencial una práctica social enclavada y enclavante en términos “bourdieanos”. Desde el barrio *marginal o degradado*, donde se concentran las clases dominadas y explotadas, hasta el barrio *distinguido o prestigioso* donde habitan las élites sociales, se pueden identificar numerosos ejemplos de luchas simbólicas en las que los agentes compiten en desigualdad de condiciones. De este modo, aunque la proximidad espacial no tiene por qué implicar una proximidad en el campo social, a través de diferentes dispositivos simbólicos se consiguen definir ciertas fronteras socio-espaciales a través de las cuales se (re)produce *estigmatización* o *distinción* territorial según la posición social de los grupos que habitan, se movilizan efectivamente, y dotan de sentido a un espacio físico.

En la medida en que los agentes que residen en un barrio pertenecen a diferentes grupos que están basados en afinidades electivas, cada una de las estrategias que emprenden en relación con el barrio se funda en relaciones objetivas en el espacio social (Sorando, 2014; 16)

Son esas relaciones objetivas las que nos ayudan a comprender ciertas regularidades en las prácticas sociales de los agentes de un barrio concreto, como pueden ser sus consumos culturales o los usos diferenciales del espacio público. De esta forma se va dibujando un mapa urbano en el que podemos identificar relacionamente diferentes espacios físicos que nos reenvían a diferentes espacios sociales. Para poder comprender cómo se ha llegado a configurar un barrio es necesario ejercitar una socio-historia del mismo, esto es, acudir al momento de su génesis social como espacio urbano. Del mismo modo, la trayectoria social que ha seguido dicho espacio puede darnos muchas claves acerca del *cómo* es hoy. Por tanto, la configuración de un territorio urbano definido de forma relacional nos obliga a analizar dicho espacio de forma relacional. Del mismo modo que no es productivo ni eficaz científicamente estudiar la *estructura* o la *acción* como entes autónomos y analíticamente separables de la realidad social, tampoco es de recibo analizar una parte del todo sin aprehender la red de relaciones con el resto de las partes que, en última instancia, es la que dota de sentido al conjunto. Proponer una especie de urbanismo relacional como forma de aproximarse a la realidad social de nuestras ciudades nos parece, por tanto, el más riguroso de los acercamientos, y por tanto, apostamos por él.

Como explica Bourdieu, los campos sociales se superponen en los lugares concretos, lo que lleva a que exista una tendencia a la concentración en determinados lugares del espacio social de todos aquellos bienes que son más escasos (Bourdieu, 2010). Una concentración que se traduce, como contrapartida, en una escasez de éstos en otros espacios menos “afortunados”. De esta forma, se construyen lugares en el espacio social con una gran concentración de estigmas positivos, y otros, que acumulan toda una serie de estigmas negativos. Madrid, como capital donde se concentra la mayor parte de los grupos sociales con poder decisonal sobre los asuntos políticos y económicos del Estado,

se contraponen a ciudades de provincia que carecen en absoluto de todo poder de influencia sobre dichas cuestiones. De esta forma, Madrid dispone de una sobre-concentración de capitales de todo tipo, mientras que las ciudades de provincia están privadas, tanto de la capitalidad, como del propio capital. Se ponen, de esta forma, en funcionamiento, toda una serie de oposiciones que se reproducen en las categorías de pensamiento y apreciación de los diferentes espacios. El barrio moderno/el barrio viejo, el orden/el caos, la limpieza/la suciedad, la capital/la provincia, el barrio seguro/el barrio peligroso. Esta es una de las formas en que incorporamos a nuestra propia capacidad de interpretación del espacio las estructuras del orden social, ya que *es a través de la exposición prolongada a las distancias espaciales en que se afirman las distancias sociales* (Bourdieu, 2010: 121).

Poner énfasis en el hecho de que nuestras estructuras mentales son, en parte, resultado de haber incorporado las estructuras espaciales que nos rodean, y sobre las que, necesariamente, *hacemos sociedad*, no tiene otro motivo que el de señalar la importancia de las formas en que el orden social se inscribe sobre el espacio, y ejerce, a través de él, una serie de fuerzas sobre los sujetos y sus representaciones sociales del mismo. El espacio es uno de los lugares donde se ejerce el poder de una forma mucho más sutil, aceptada y naturalizada. Lo que Bourdieu indica como una auténtica *violencia simbólica inadvertida*. La imposición de un cierto orden espacial está íntimamente relacionada con el orden socioeconómico en el que se desarrolla. No habría mejor ejemplo que la propia existencia y desarrollo histórico de las ciudades para constatar este hecho. En este sentido, sería interesante profundizar más en lo que Marx y Engels denominaban “la solución espacial”, ya que proporciona algunas claves interpretativas de las sociedades de nuestro tiempo. La importancia de llevar a cabo un análisis de los barrios de las ciudades viene dada por el hecho de que *son ámbitos clave dentro de los cuales se producen las exploraciones, tanto en lo referente al aprendizaje y la construcción de nuevos imaginarios de la vida social* (Harvey, 2007: 219), como a la forma en la que el espacio urbano es moldeado, gestionado, destruido y construido, vigilado, pero también expresivo, resiliente, ingobernable o peligroso. En este sentido, tratamos de demostrar que *la posición de los diferentes agentes que residen en un barrio en base a la distribución de los diferentes capitales permite trazar el espacio social objetivo (y local) de sus habitantes* (Sorando, 2014: 18) a partir del cual podremos comprender las propias condiciones de posibilidad socio-históricas, estructurales y discursivas de la existencia de los barrios que socialmente consideramos seguros, y los que etiquetamos como peligrosos, como una de las posibles clasificaciones simbólicas del espacio físico. *De hecho, el espacio social se retraduce de alguna manera en el espacio físico y cobra la forma de la relación entre la estructura de la distribución espacial de los agentes y la estructura espacial de los bienes y servicios (públicos y privados), mediados por los poderes de apropiación que brinda el volumen y la estructura de los capitales de esos agentes* (Gutiérrez, 2013: 149).

Lavapiés: entre el casticismo y la multiculturalidad, entre lo popular y lo peligroso

Uno de los barrios madrileños del distrito Centro con mayor identidad histórica y social es el barrio de Lavapiés que, junto a Malasaña, nacieron como los *barrios bajos* de la ciudad. Habitados por las clases populares y trabajadoras de Madrid, fueron adquiriendo una *imagen propia*. Enfrentados entre sí en las famosas *pedreas* callejeras, luchaban juntos, no obstante, en acontecimientos fundamentales de la historia de la ciudad, como el Motín de Esquilache o la Guerra de Independencia. Pese a ser objeto del costumbrismo, y todas las mistificaciones que acompañan a sus creaciones, lo cierto es que la imagen de estos barrios *castizos* ha ido quedando en la memoria colectiva de la ciudad. Un ejemplo es que, a efectos administrativos, ninguno de los dos barrios existe como tal, sin embargo la mayoría de madrileños conoce estas zonas como Lavapiés y Malasaña, antes que como Embajadores y

Universidad. Sin embargo, la transformación que están sufriendo ambas zonas de la ciudad en las últimas décadas lleva a identificar ciertos patrones característicos de lo que se viene conociendo como *gentrification* (Smith, 2012). Esto es, un proceso de transformación multidimensional (social, económico, cultural...) de ciertos espacios urbanos que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, se viene desarrollando en los cascos antiguos de las grandes ciudades, y que supone, al menos, tres factores fundamentales: *la reinversión de capital por parte de gobiernos, entidades financieras o promotores inmobiliarios, con la consecuente reproducción y acumulación de capital; en segundo lugar, la incorporación de una población con mayor capital económico y cultural; en tercer lugar, los consiguientes cambios en el espacio urbano o en su aprovechamiento como recurso, mediante diversos dispositivos que generarán transformaciones sociales y económicas nítidas; finalmente, como efecto negativo de este proceso, contrario al derecho a la vivienda y la ciudad, el desplazamiento directo o indirecto de la población de bajos ingresos.* (Sequera, 2013; 2).

Lavapiés es el barrio del centro de Madrid con mayor carencia en materia de equipamientos colectivos, mayor proporción de población trabajadora e inmigrante, pero igualmente, es el barrio de la ciudad con mayor presencia de movimientos sociales, y de confluencia de sus prácticas (mapa de movimientos sociales en Madrid). Su posición central privilegiada, en cuanto al consumo y al turismo, ha llevado a un renovado interés público y privado (gobernanza local) hacia esta zona de la ciudad con un *gran potencial económico* tras un largo periodo de abandono o desinterés por intervenir. Este barrio seña de identidad del casticismo madrileño, y las clases populares de la ciudad, sufre en la actualidad una metamorfosis por la llegada, desde finales de los noventa, de nueva población residente, y visitante, que está transformando la imagen de uno de los “barrios de moda”. Será a partir de 1997, cuando el barrio es declarado *Área de Rehabilitación Preferente*, que comience un largo e incompleto proceso de rehabilitación del mismo. Un proceso acompañado de todo un *dispositivo gentrificador* que, no obstante, está encontrando duras resistencias a su materialización. Parece que la *revitalización* o *reactivación* del barrio, puntas de lanza de los discursos institucionales sobre la intervención, no está complaciendo a todos los grupos que habitan o desarrollan su actividad en él.

Actualmente, el 28%⁵¹ de la población del barrio es extranjera, procedente de alguna de las decenas de nacionalidades que se concentran en este espacio, sin embargo, hablar de guetto de una forma tan airada como algunos medios de comunicación hacen, es una somera irresponsabilidad e ignorancia de la situación social del barrio, además de un completo desconocimiento de la definición histórica de *guetto* (Wacquant, 2015). Una de las señas de identidad de esta parte de Madrid está representada por la manida etiqueta *multicultural*, que señala el mosaico étnico que habita en el barrio, una especie de foto fija de una realidad pintoresca, colorida, exótica, que lleva tiempo siendo explotada por las propias instituciones para *promocionar* este espacio urbano, en el que las nuevas clases medias están teniendo un protagonismo fundamental en su re-significación. Fiestas como Bollywood, el año nuevo Chino, o Tapapiés, por citar sólo algunos ejemplos, hacen que la imagen del barrio vaya transformándose hacia una especie muy concreta de cosmopolitismo. En este sentido, una de las transformaciones del barrio que ya son visibles es su re-conversión en *contenedor cultural con una fuerte carga simbólica para la economía del conocimiento* (Sequera, 2013: 2). De esta forma, el barrio está rodeado de un todo un tejido cultural de alta gama, como el Centro Dramático Nacional, el Museo

⁵¹ Censo de Población y Viviendas 2011. Nota importante: debido a la situación precaria e irregular de algunos de los vecinos/as migrantes del barrio existe una infrarrepresentación de este colectivo en las cifras oficiales, lo que ha llevado a que se hable coloquialmente de cerca de un 40 o hasta 50% de población extranjera en Lavapiés.

Reina Sofía, la Casa Encendida, multitud de galerías de arte o teatros que van dando forma a ese contenedor cultural que, según autores que han trabajado el tema, sirven de atractivo simbólico para esas nuevas clases medias destinadas a *modernizar* este espacio.

El atractivo de este espacio físico de la ciudad como un barrio multicultural, bohemio, exótico, etc., incluye la presencia de “otros” en el mismo, lo que lleva a la puesta en marcha de toda una serie de discursos y prácticas, por parte de esas nuevas clases medias, pero también de las instituciones, destinadas a producir un *mezcolanza social controlada*. Esos “otros” del barrio son los propios migrantes pobres que residen en él, y que hacen un mayor uso de la calle como espacio de sociabilidad, y algunos movimientos y organizaciones sociales que desarrollan su militancia en el mismo. De esta forma, con la colaboración de ciertas asociaciones de comerciantes y vecinos, se llevó a cabo una campaña contra la inseguridad ciudadana en el barrio, coincidiendo con el renovado interés institucional y corporativo en el mismo. A partir de entonces, todo un *dispositivo securitario* (Foucault, 2009) se ha ido desplegando en este espacio urbano con el objetivo de tratar de pacificar, de hacer gobernable esta parte de la ciudad. Con dicha meta, en 2009 se instalaron 48 cámaras de videovigilancia, cuyo fin no es tanto reducir la delincuencia, como modificar o desplazar ciertas prácticas de grupos concretos del ideologizado *espacio público*, definido como un lugar sin conflictos ni clases. Asimismo, la presencia policial en el barrio ha ido aumentándose progresivamente, a petición de algunas asociaciones de vecinos y comerciantes, que han sido actores fundamentales en este proceso de legitimación de las prácticas securitarias, hasta la aprobación del *Plan Integral de la mejora de la seguridad y la convivencia del barrio de Lavapiés de Madrid* en diciembre de 2012, que fortaleció el dispositivo policial sobre la zona con patrullas las 24 horas.

Todo el proceso de *pacificación* del barrio ha necesitado de un largo periodo de *producción de la inseguridad ciudadana*, la construcción social de un *barrio peligroso*, en el que el papel de los medios de comunicación ha jugado, y lo sigue haciendo, un rol fundamental. Titulares que señalan al *Bronx madrileño*⁵², usan términos nada inocentes como *reyertas*, *algaradas*, *antisistema*, *batalla campal*, *protesta ilegal*, etc.⁵³, o especifican la nacionalidad de un agresor únicamente cuando no es español⁵⁴, hablan por sí solos. De esta forma se hace evidente la forma en que funciona la violencia simbólica, pero también física, sobre el espacio y los grupos concretos. Las luchas de apropiación del espacio son un campo crucial en la configuración de barrios o ciudades, sin embargo, no todos los grupos están igualmente “armados” para afrontar semejantes batallas simbólicas. La capacidad de los diferentes agentes por dominar el espacio dependerá del capital poseído, tanto en su volumen como en su estructura, en función del cual estos grupos pueden adueñarse de un bien escaso, en este caso, un barrio céntrico simbólicamente atractivo con un gran potencial económico. Una de las iniciativas en materia de urbanismo por parte de algunos gobiernos locales, sobre todo de orientación progresista, ha sido impulsar la mezcla social, es decir, la convivencia en un mismo espacio físico de diferentes grupos del campo social. En concreto, se ha perseguido la mezcla de las nuevas clases medias con las posiciones sociales más precarizadas. Pero la condición de posibilidad de esa *mixticité sociale* es que sea estrictamente controlada y definida por las clases dominantes en ese espacio, en este caso, las nuevas clases medias cosmopolitas a través de toda una serie de dispositivos que van construyendo tanto los discursos como las prácticas sociales del *buen vecino* (Tissot, 2011).

⁵²El PSOE acusa al PP de que el barrio sea el Bronx madrileño. El País. 02/05/2010

⁵³Una nueva protesta ilegal de radicales antisistema acaba en otra batalla campal. ABC. 25/11/2007

⁵⁴Una pelea entre chinos y magrebíes en Lavapiés acaba con tres heridos. El País. 09/05/2000

La forma en que estas clases sociales tratan de diferenciarse simbólicamente a través del gusto, el consumo cultural o las prácticas sociales apunta, no obstante, a que la proximidad espacial no elimina la distancia o las barreras sociales entre los grupos. Más bien estamos presenciando la forma en que esas *clases creativas* de las que hablaba Florida (2010), a través del *ethos del buen vecino*, tratan de disciplinar la propia mezcla social, es decir, la presencia de esos “otros”. De esta forma, a través de toda una serie de micro-segregaciones, la eufemización del racismo, las actividades inmobiliarias lucrativas, o los cercamientos en el espacio público a determinados grupos sociales, se viene traduciendo en una relación simbólica con la aclamada *multiculturalidad* que, más que a reducir la dominación, vienen a recomponerla de una nueva forma, bajo otros valores, imponiendo un estricto control precisamente al despliegue de esa diversidad social.

Salamanca: el barrio como condición necesaria para la dominación social

Cuando en 1860 se derriba la muralla que cercaba y definía al mismo tiempo la ciudad de Madrid, y comenzó la construcción de lo que sería el Ensanche moderno de la misma, ya en los propios planes de Castro, artífice del Plan, estaba proyectado que esta zona fuera para las clases medias. No obstante, la propia dinámica especulativa, que marcó todo el desarrollo del proyecto, llevó a que la unidad y zonificación social teórica quedara en el plano de las ideas. La producción del espacio urbano del Ensanche debía materializar el proyecto de sociedad, y de ciudad, que la emergente burguesía tenía inscrito en sus valores, discursos y prácticas sociales. El Plan desarrollado por Castro preveía toda una serie de medidas higiénicas para la ciudad, y su futuro desarrollo, basadas en una clara segregación social por clases y una definida zonificación social por funciones. Sin embargo, todas estas medidas de higienismo urbano, tanto para los edificios como para el propio sistema urbano, quedaron en nada ante la fuerza de la burguesía especulativa que llegó a la capital para enriquecerse a través del suelo libre que había dejado la desamortización, y para la especulación con el suelo rural reconvertido en suelo urbano. De esta forma, el proyecto perdió su unidad inicial, y la realidad es que cada una de las zonas del Ensanche se independizó, formando tres paisajes urbanos y sociales totalmente estratificados: Chamberí (Ensanche Norte), Salamanca (Ensanche Este), y Arganzuela (Ensanche Sur).

De las tres zonas del Ensanche, lo que sería el barrio de Salamanca se llevó la mayor parte de la inversión, una forma de inversión basada en propietarios individuales que conllevaba mucho riesgo, como todo capital especulativo. Será el marqués de Salamanca, que daría nombre al barrio, un estadista, banquero, hombre de negocios, especulador y corrupto a partes iguales, la figura emprendedora que primero llevó su capital para el desarrollo de esta zona de la ciudad. Una figura que representa bastante bien el espíritu de la burguesía provinciana llegada a Madrid con expectativas de ascenso social a partir de la segunda mitad del siglo XIX, que veía en la aristocracia más a un aliado que a un enemigo, y en el desarrollo del Ferrocarril, el Ensanche y el Canal de Isabel II una gran oportunidad de enriquecerse. La iniciativa de Salamanca de construir “el más lujoso y distinguido barrio de Madrid” indica dos cuestiones importantes: por un lado, la rigurosa segregación social horizontal por clases, que supuso una novedad histórica respecto a las dinámicas anteriores de la ciudad; y por otro lado, pero íntimamente relacionado, la importancia que cobra el espacio urbano como elemento de dominación social para la burguesía, que tenía otra concepción radicalmente diferente de la pobreza de la que tenía la aristocracia.

La mezcla social sería vista como una “promiscuidad” a partir de entonces, produciendo toda una serie de barreras simbólicas a partir de las cuales tener alejados a los “intrusos”. De esta forma, la burguesía se protege espacialmente de una emergente clase obrera que empezaba a dar sus primeros pasos a

partir de la creación de las primeras organizaciones sindicales. El barrio de Salamanca, quedó así como “coto cerrado” de las clases dominantes del naciente Capitalismo español: la gran burguesía y la aristocracia española. Estamos ante un *espacio totalmente privatizado en el que el dominio efectivo, legitimado por los títulos de propiedad, corresponde a dos partes definidas de la sociedad: nobleza y burguesía. Ambas serán las que, de acuerdo a las posibilidades del mercado, modelen el sector en función de sus intereses.* (Mas, 1982; 112).

Desde su nacimiento pues, será un espacio socialmente exclusivo, un barrio que ha albergado en su interior a presidentes del gobierno como Castelar, Pi y Margall, Silvela o Azaña. Escritores tan importantes para la literatura como Bécquer, Pérez Galdós, Miguel Hernández, Federico García Lorca o Juan Ramón Jiménez. O científicos de la talla de Gregorio Marañón o el premio Nobel Santiago Ramón y Cajal. Aunque muchos de los mencionados sufrieron las represalias de sus propios vecinos que, tras la Guerra Civil, los señalarían como enemigos de la patria. El barrio de Salamanca, único que se libraría de los bombardeos durante la Guerra Civil, acogería a la burguesía madrileña hasta la mitad de siglo XX, momento en que, junto al crecimiento de la ciudad, cambia su funcionalidad, pasando de ser un barrio puramente residencial a ser un espacio terciario de bancos, oficinas y comercios de lujo. Una transformación que iba en consonancia con el resto de la Almendra Central de Madrid, que pasaba a ser objeto de una fuerte *terciarización* y puesta en valor como espacio de consumo. A partir del Plan de Bigador de 1941, que continuaría la misma lógica segregativa, y el de 1963, que pone los intereses privados como motores de la planificación y desarrollo urbano de la ciudad, el precio del suelo del barrio sufre un aumento exponencial. Si de 1880 a 1910 el precio del metro cuadrado sube de unas 60 a 100 pesetas, y en 1940 apenas llega a 200 pesetas, será tras la Guerra Civil cuando suba de las 1.000 pesetas, pasando a valer 10.000 pesetas en 1964, y 20.000 en 1975 (Mas, 1982; 84). La zona de mayor valor será la que comprenda las calles de Serrano, Goya y Velázquez, en torno a las que se concentrarán la mayor parte de las tiendas, restaurantes, hoteles y viviendas de lujo.

Desde los años setenta y ochenta se intensifica el proceso de terciarización del barrio, llevando a que buena parte de sus residentes se vayan a los nuevos desarrollos inmobiliarios de la corona metropolitana del Noroeste, y el espacio se define cada vez más como un espacio de consumo y producción exclusivo, donde se irán ubicando los bancos, aseguradoras y empresas más importantes del país y el extranjero. No obstante, sigue teniendo una importante función residencial, representando la propiedad de un piso en el barrio, tanto una señal de prestigio social, como una inversión. De esta forma, el barrio de Salamanca se ha convertido en el espacio urbano con el precio del metro cuadrado más caro de toda España, con los comercios más exclusivos, y por tanto, excluyentes, de la ciudad, con mayor número de embajadas extranjeras, pero también con el mayor número de trabajadores del servicio doméstico, un barrio donde se dan al mismo tiempo relaciones empresariales de gran importancia para la economía del país, ventas de los productos más *cool* del panorama internacional, y relaciones de servidumbre propias del siglos pasados que se han mantenido como señal de clase, a pesar de reducir su intensidad u ostentación exterior. El barrio de Salamanca se va proyectando sobre los propios imaginarios sociales como un espacio socialmente excluyente, moderno, seguro, y representante de lo más *fashion* de la ciudad. Toda una serie de estigmas positivos que ayudan a reproducir ese capital simbólico del barrio que sigue bloqueando una total terciarización del mismo.

Una de las zonas del barrio más exclusivas es la calle Serrano, donde se concentra buena parte del comercio de lujo, y en el que se han desarrollado toda una serie de campañas de promoción, ya sea a través de empresas privadas o el propio Ayuntamiento. También conocida como la *Quinta Avenida* de Madrid, aunque podríamos hacer un paralelismo igualmente con el *Triangle d'or* parisino, esta calle

de la ciudad simboliza el propio escaparate de la ciudad como espacio comercial. Será precisamente a estos espacios hacia los que el gobierno local trate de encauzar el turismo de compras, objetivo fundamental del *empresarialismo urbano*. Los medios de comunicación también han puesto de su parte para la promoción de este barrio de la ciudad, en plena connivencia con las autoridades locales, que han jugado un rol paternalista sobre el mercado siempre que ha sido necesario. Las tiendas de Serrano, como el barrio, no son cualesquiera, de hecho, fueron las primeras en disfrutar de la liberalización de horarios. Asimismo, se realizan todo tipo de promociones como el “Sunday shopping”, o la “Vogue Fashion Night Out”, en la que las propias marcas se apropian del espacio público para su promoción durante toda una noche, convirtiendo la calle en una auténtica pasarela de moda. La propia re-inauguración de la calle tras las reformas en 2010 fue un acontecimiento que contó con una buena dosis de ayuda pública⁵⁵.

Pero el barrio no son sólo tiendas, ya que aunque la función residencial del mismo haya estado languideciendo, lo cierto es que siguen llegando nuevos vecinos al mismo, y aunque ciertamente es uno de los barrios más envejecidos de la capital, sigue desarrollando un papel fundamental en lo concerniente a la reproducción social. La propia configuración social del barrio, desde sus inicios, también llevó a que se instalaran en él los grandes colegios de la burguesía, como el colegio *Nuestra Señora del Pilar*, donde han pasado personajes como Agustín de Foxá, Juan Miguel Villar, Fernando Shwartz, Fernando Sánchez Dragó, Pío García Escudero, José María Aznar, Juan Luis Cebrián, Jaime Lissavetzky o Javier Solana. Otra de las instituciones clave del desarrollo del barrio son los múltiples conventos y parroquias que existen, siendo uno de los barrios de la ciudad con mayor concentración de éstos. En el barrio están representadas, de la misma manera, las más prestigiosas escuelas de negocios del país, donde se prepara a buena parte de la élite del país. En fin, toda una serie de dispositivos institucionales concentrados en un espacio selecto, específicamente diseñados para ofrecer las condiciones de posibilidad mismas de la dominación social. Es necesario comprender los fundamentos de la lógica social que fuerza a las clases privilegiadas a vivir entre ellas, a distancia de los otros grupos sociales. Y es que uno de los privilegios de estas clases superiores es poder juntarse en espacios preservados de todo contacto con las clases populares, medias y las fracciones menos legítimas de las propias clases burguesas. La reproducción de las posiciones inseparablemente sociales y espaciales señala la capacidad exclusiva de este grupo social para desarrollar un *poder segregador*, de forma que consigue redoblar las distancias sociales a través de las distancias espaciales. La posesión de un alto nivel de capital social y económico permite elegir el lugar de residencia, algo que no todas las clases pueden permitirse. En este sentido, las clases altas no tienen otra elección que vivir entre ellas en un mismo espacio, a riesgo de exponerse al desclasamiento. Ese *entre-sí* socialmente selectivo es una de las condiciones de posibilidad de transmisión de herencias de todo tipo, de las que depende su propia reproducción social. Herencias en forma de capital económico (renta y patrimonio), social (red extensa y cultivada de amigos e influencias), cultural (heredado y adquirido en colegios y universidades privadas), y toda una serie de disposiciones que hacen que la excelencia social pase, necesariamente, por este *entre-sí* (Pinçon, 2003).

Capital simbólico colectivo, barrio y dominación: una pequeña aportación sociológica.

⁵⁵ Serrano, *Quinta Avenida*. El País. 01/05/2010
El lujo de vivir renace en Serrano. ABC. 26/09/2010
Serrano, escaparate de la capital. El País. 26/09/2010

En un juego de palabras, decía Bourdieu (2010) que el hábitat contribuye a formar el *habitus*, pero también al contrario, es decir, las disposiciones sociales, económicas y culturales *producen* el espacio habitado. En el caso de Madrid, hemos podido comprobar dos barrios social e históricamente antagónicos, tanto en su composición de clase, como en su trayectoria social. Hemos tratado de apuntar algunas contradicciones que se están dando lugar en estos espacios que, aunque antagónicos socialmente, han experimentado en las últimas décadas un proceso similar: el de su creciente *terciarización*. No obstante, un mismo proceso con unas consecuencias radicalmente diferentes en uno y otro espacio. El propio poder traducido en la posesión de diferentes capitales (económico, cultural y social) lleva a que las respuestas de los grupos sean necesariamente desiguales. Una desigualdad que se plasma en diferentes dimensiones, desde el poder de influir en las decisiones políticas del gobierno local, pasando por el poder de mantener toda una estructura institucional y de equipamientos privilegiada, hasta el poder de decidir qué se hace en su barrio de forma efectiva, más allá de una retórica de participación ciudadana más formalista que real. De esta forma se hace patente cómo el poder social es, necesariamente, también un poder sobre el espacio.

La formación histórica de estos dos espacios barriales, Lavapiés y Salamanca, nos reenvía a la propia sociogénesis de las dos clases sociales fundadoras del Capitalismo: la burguesía y el proletariado. Mientras que Lavapiés, cuya historia es la de un arrabal compuesto de migrantes procedentes del campo que acabó siendo absorbido por la ciudad a partir del siglo XVII, ha visto en sus calles la transformación política del pueblo llano en clase obrera y el desarrollo de la *cuestión social* durante el siglo XIX, la celebración de la llegada de la Segunda República, y posteriormente, los intensos bombardeos sobre sus calles; el barrio de Salamanca será el barrio de y para la burguesía, a partir del cual ésta ponga los cimientos para la propia estructuración de una sociedad de clases, el barrio intocable durante la Guerra Civil, y revalorizado tras ésta, barrio conservador en el imaginario social de los madrileños a partir del cual la burguesía se convierte en la clase social más unida y movilizadora. Como diría Marx, una clase *en sí y para sí*. Es por esto que, al reducir los análisis sociológicos de las clases sociales a meros aspectos sociométricos como el nivel de renta o la ocupación se pierda capacidad de análisis. La riqueza es una realidad social multidimensional en la que se hace necesario tener toda su complejidad presente. Pero además de esto, la dominación social no es algo que se realice en abstracto, sobre el vacío, sino que se materializa en el propio espacio, como una de las dimensiones fundamentales de la desigualdad social en nuestras sociedades occidentales. La producción social de *espacios inseguros* (Lavapiés), o de *espacios exclusivos* (Salamanca), se pone en juego gracias a un *capital simbólico colectivo* que sirve como mecanismo de dominación y distinción social en sociedades divididas en clases.

El capital simbólico de un barrio es un elemento fundamental a la hora de elegir residencia por quienes pueden permitírselo. El papel que juega la mezcla social y las cuestiones de seguridad son determinantes. Nadie quiere vivir en un barrio degradado, inseguro, sucio, abandonado, etc.: es raro quien no quiere *revitalizar, mejorar, recuperar, reactivar*, su espacio cotidiano de vida. Los problemas empiezan cuando detrás de esas categorías urbanísticas se esconden estrategias de dominación dirigidas a poner coto a una mezcla social que se persigue bajo unos estrictos límites impuestos por una de las partes. La cuestión espacial nos remite necesariamente a la coacción por los recursos comunes a lo largo del tiempo, pero igualmente, a su reapropiación. Así, el espacio está marcado, no sólo por la diferencia respecto a otros espacios, sino también por las desigualdades sociales que apuntan a las relaciones de poder en un orden social determinado.

A día de hoy, los peligros asociados a la mezcolanza social en determinados espacios hay que inscribirlos en un proceso de honda transformación caracterizado por el ataque al Estado social y las protecciones colectivas asociadas a éste. A partir de la emergencia de la categoría de inseguridad ciudadana, se ha reducido el amplio campo de las seguridades de los ciudadanos a la simple seguridad física, dejando fuera el resto de seguridades económicas y sociales. Algo que responde a la hegemonía de un orden moral determinado, que huye del posible contagio con otras clases en el espacio urbano. Esto se traduce en una naturalización de la desigualdad a través de un fuerte racismo de clase inscrito en los discursos y prácticas de las clases dominantes: el mundo se divide en *winners and losers*, y cada uno tiene su espacio aginado en la ciudad, como de un orden natural se tratara. Sin embargo, todo este movimiento de reestructuración simbólica ha llevado a la hegemonía de un discurso paternalista en las políticas públicas, que izan la bandera de la mezcla social como algo bueno *per se*. La segregación y la exclusión es mala, la mezcla y la inclusión es buena, este es el dogma. No obstante, esto se traduce en una banalización de las complejas relaciones de poder entre las clases sociales en el espacio urbano. La tozuda realidad nos enseña que la proximidad espacial no descompone la distancia social: *dispersar la pobreza por la ciudad no acaba con la desigualdad social*.

Bibliografía

- BOURDIEU, P. (2010). *La miseria del mundo*. México DF. Fondo de Cultura Económica.
- (2012). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid. Taurus.
- FLORIDA, R. (2010): *La clase creativa: La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- FOUCAULT, M. (2009). *Seguridad, Territorio, Población*. Madrid. Ediciones Akal.
- GUTIÉRREZ, A. (2013): “Espacio social y estrategias de reproducción”, en *Pierre Bourdieu. Proyección siglo XXI*, MORENO A., Ramírez E. et al. (coord.), pp. 127-155.
- HARVEY, D. (2007): *Espacios del capital*. Madrid. Ediciones Akal.
- MAS, R. (1982); *El barrio de Salamanca: planeamiento y propiedad inmobiliaria en el ensanche del Madrid*. Madrid. Instituto de Estudios de Administración Local.
- PINÇON, M. (2003); *Sociologie de la bourgeoisie*. París. Editions La Decouverte.
- SEQUERA, J. (2013). *Las Políticas de Gentrificación en la ciudad neoliberal. Nuevas clases medias, Producción cultural y Gestión del Espacio Público. El caso de Lavapiés en el centro histórico de Madrid*. Tesis Doctoral dirigida por Mario Domínguez Sánchez-Pinilla. Universidad Complutense de Madrid.
- SORANDO, D. (2014). *Espacios en conflicto: Un análisis relacional del cambio social en los centros estigmatizados*. Tesis doctoral dirigida por Jesús Leal Maldonado y Juan Díez Nicolás. Universidad Complutense de Madrid.
- SMITH, N. (2012). *La nueva frontera urbana. Ciudad Revanchista y Gentrificación*. Madrid. Traficantes de Sueños.

TISSOT, S. (2011); *De bons voisins: enquête dans un quartier de la bourgeoisie progressiste*. París. Raisons d'agir editions.

WACQUANT, L. (2015). *Las dos caras del guetto. Ensayos sobre marginalización y penalización*.